

Algunas aproximaciones a la estética en el pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi¹

Alfredo Hoyuelos Planillo

Maestro y Doctor Europeo en Filosofía y Ciencias de la Educación

Resumen

Este texto recoge las principales ideas sobre el sentido de la estética en el pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi, inspirador de las escuelas infantiles municipales de Reggio Emilia (Italia). Malaguzzi transmite una pedagogía que aboga por una imagen de infancia llena de potencialidades, que escape de la rutina, que registre y documenta el acontecimiento educativo para que sea reconocido, contemplado y confrontado. Una pedagogía que considera el conocimiento como una aventura que da cabida a los errores, una pedagogía sistémica, que es capaz de ver las relaciones antes que los términos relacionados. Malaguzzi encuentra en las metáforas, entre otras formas de comunicación, la manera de poder expresar sus ideas sobre los niños, y defiende el derecho que tienen, como cualquier ser humano, de encontrar un sentido a lo que hacen.

Palabras clave

Estética, asombro, conocimiento, transgresión, educación infantil

Abstract

This text shows the main ideas of the meaning of aesthetics in Loris Malaguzzi's thought and teaching work that inspired Reggio Emilia's municipal infant schools (Italy). Malaguzzi transmits a type of teaching that defends a childhood image full of potentiality and escaping routine. It also registers and documents the educational experience so that it is recognised, contemplated and confronted. It is a type of teaching that considers knowledge as an adventure allowing mistakes; a systemic teaching able to see the relationships before the related terms. Malaguzzi finds the way to express his ideas about children in metaphors, among

¹ Este texto corresponde a las conclusiones del libro *La estética en el pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi* (Octaedro-Rosa Sensat, Barcelona, 2006).

other forms of communication. He also defends their right to find a meaning to what they do, same as any other human being.

Key words

Aesthetics, astonishment, knowledge, transgression, pre-school education

Una pedagogía estética y transgresora

Decimos que la pedagogía de Loris es estética por su capacidad de revelación, de desocultar lo esencial con relaciones nuevas entre acontecimientos que parecen lejanos, por su tensión capaz de transgredirse a sí mismo sin nunca traicionarse, y también por su aptitud de comunicación jeroglífica, metafórica y simbólica que multiplican nuestra imagen del mundo y de la infancia.

Para Malaguzzi formamos parte de un mundo en el que las distancias se están acortando. Esto provoca que podamos ser habitantes de muchos mundos, con gran interrelación entre las culturas, lo que significa que nunca estamos solos. Nuestras ideas y concepciones nos acompañan siempre y contaminan nuestras teorías, esperanzas, palabras, pensamientos y emociones. Interaccionan con nosotros y ocasionan interdependencias que nos llevan a construirnos y reconstruirnos —como en un caleidoscopio— constantemente en un mundo, al mismo tiempo que ese mundo viene reelaborado por nuestro propio actuar en él. La concepción de Malaguzzi, en este sentido, es una concepción de armonía ecológica con el ambiente y con el cosmos.

Su pedagogía es transgresora porque lucha contra la acomodación, el abu-

rrimiento, el tedio. Busca intencionalmente —con amabilidad y pasión— la alegría, el optimismo y la ironía. Es transgresora, también, por su capacidad de asumir riesgos, de realizar elecciones y desafíos múltiples, y por su imaginación constante para transformar lo utópico en posible; y lo posible en real.

También podemos afirmar que es una pedagogía transgresora por la idea de un proyecto que lleva a Loris a reconocer las múltiples direcciones o infinitas bifurcaciones de los acontecimientos. Pero esta idea, que asusta y puede paralizar, en Malaguzzi y en Reggio se transforma en una energía creadora. Trabajar en educación es, también, hacer elecciones, saber seleccionar. Y Malaguzzi tenía la capacidad de saber hacer las indicaciones justas y oportunas, los caminos a seguir. Era como alguien que apuntaba siempre en la dirección oportuna con la idea de ir más allá. Siempre reconocía un camino nuevo por el que seguir cuando parecía que el tren había llegado a una estación sobre una vía muerta. Por esto sorprenden sus ideas: su pensamiento y su obra, porque da un paso más allá cuando todos nos hemos parado agotados. Por eso, para él, la vida es una especie de bosquejo que respira fresca. Y esto era posible porque estaba en un estado de tensión permanente con una creencia pasional en un proyecto que significa mucho más que las 34 escuelas infantiles municipales reggianas inspiradas en su pensamiento y obra.

Una pedagogía narrativa que proyecta lo escuchado y confronta lo visto

Documentar lo observado es una de las obsesiones de Malaguzzi para llegar a

múltiples interpretaciones. Tras esta actitud se encuentran el trasfondo ideológico ético de considerar la educación y la escuela transparentes; y la idea estética de ofrecer una imagen adecuada y relacional (unión de forma y contenido) de la infancia. Y además, la consideración política de que lo que la escuela hace debe tener una visibilidad pública y de que el deber de la escuela es devolver a la ciudad lo que ésta invierte en ella.

Pero no sólo eso: la escucha de Malaguzzi es, siempre, una escucha visible, una audición polisensorial, una narración documentada. El niño de Loris Malaguzzi es un infante que siempre habla con sus cien lenguajes en la multitud de imágenes que dan testimonio real de todos los principios pedagógicos que Malaguzzi defiende.

La documentación es ese eslabón perdido en el mundo de la pedagogía que dota de autenticidad a un proyecto educativo. Es el ADN que enlaza en una cadena la teoría y la práctica educativa. Es el argumento histórico que sirve para pensar mejor y pensar diversamente sobre las actuaciones educativas: sus limitaciones y sus necesidades de cambio.

Las dos exposiciones que, bajo el título *I cento linguaggi dei bambini*, están dando la vuelta al mundo son la mejor obra monumental escrita por Loris Malaguzzi y por las escuelas reggianas. Cuando desde el campo pedagógico se dice, ingenuamente, que Malaguzzi ha escrito poco, sólo nos queda pensar que el concepto de escritura en los ámbitos pedagógicos oficiales es un criterio reductivo y muy académico. Cuando la pedagogía se quite la venda que tapa sus ojos y reconozca como escritura las imágenes reconocerá que Loris ha escrito varias enciclopedias peda-

gógicas, y su pensamiento y obra —algo que ahora no sucede del todo— serán conocidas, también, en los ámbitos universitarios.

Con la documentación y, en especial con su forma visual, Malaguzzi ha construido la historia de la infancia más que la historia retórica de la pedagogía. Podemos ver a niños y niñas junto a adultos, que buscan el sentido de aprender e inventar juntos.

Pero la documentación, además, permite dialogar. Si hay otro concepto, que encontramos, amado por Malaguzzi éste es el de confrontación. Confrontación significa, para el reggiano, tener la posibilidad de discutir y dialogar *todo* entre *todos* (educadores, auxiliares, cocineras, familias, administración y ciudadanos). Éste es el rasgo que dota de identidad al proyecto de Reggio. Pero la confrontación con documentos supone poder discutir sobre cuestiones reales, no sobre teorías o palabras en las que, ingenuamente, nos podemos poner de acuerdo fácilmente. Es en la práctica donde se decide el destino futuro de la educación y del hombre. La documentación es el carnet de presentación, de identificación y de respetabilidad de la propia experiencia. Para Malaguzzi lo no documentado revela ignorancia e inexistencia.

Una pedagogía participante de la aventura del conocer

Su pedagogía es participante, porque cree —como la tradición le ha enseñado— que es en la fuerza de la comunidad donde se encuentra el destino incierto y venidero del ser humano.

Porque participar significa, para Loris, sentirse protagonista y responsable de los acontecimientos presentes y futuros.

La pedagogía de Malaguzzi posee la virtud de formular nuevos problemas para cada tiempo y lugar, y saber arriesgar con experiencias vitales lejos de la «seguridad» de la escuela. El león de piedra, la ciudad y la lluvia, el salto de longitud, el parque de atracciones para los pájaros, el charco, la exploración de una cueva, etc., son algunos de los proyectos que identifican su manera de pensar. Loris tenía esa capacidad creativa de saber transferir los aprendizajes de unos contextos a otros y de reconocer que aprender conlleva errores. El valor del error como estrategia educativa, para los niños y para los adultos, es una de sus creencias más fuertes. La escuela es un lugar de aprendizaje para todos. El hecho de que las educadoras —como pretendía Malaguzzi— vayan principalmente a la escuela con el objetivo primordial de aprender con avidez y curiosidad da a la experiencia, siempre, un carácter, al mismo tiempo, de frescura y de eternidad.

Para él la educación es la aventura de la imaginación robinsoniana, una exploración o investigación continua de posibilidades insospechadas, misteriosas. Era un caballero errante que buscaba, creativamente, la novedad con un gran deseo de probar cosas nuevas. Era un inventor de situaciones exigentes de aprendizaje para los niños, para los educadores y para él. Contextos que nacían de la aceptación de la discrepancia, de lo complejo y de lo paradójico como estrategias de rastreo de la realidad y del conocimiento. Los contextos educativos eran para él escenarios al modo de los laboratorios artesanos en los que la ciencia, el arte, la poesía y la magia se entremezclan para ofrecer al niño situaciones reales de

aprendizaje que no se agotan en la escuela. Pinocho y Robinson, uno de los primeros proyectos de los años 60 (después revisados), son elegidos como emblema por sus propuestas de *manualidad*, por su posibilidad de salir del monopolio de la oralidad en la que, entonces, se hallaba sumida la educación.

Con el deseo de aumentar y transgredir las interpretaciones —y desde su particular experiencia, que no pretende ser sólo didáctica, pedagógica o psicológica— nace el «Taller», entre otras cosas, para valorar la actuación estética física y simbólica de las manos frente a la omnipotente palabra o el verbalismo como medio interactivo con los niños. El taller no es el lugar de la especialización, sino como uno de los arietes sistémicos que provocan un cambio de la pedagogía que, al romperla, la hacen más vital. El taller es el hábitat en el que los lenguajes se pueden emancipar, confundir y recrearse en una relación sinérgica que buscan dejarse seducir por esa famosa estética del conocimiento de la que hemos hablado la inicio de este libro. Y es que Malaguzzi, su propuesta pedagógica, sintoniza con el deseo humano de entrar profundamente en resonancia con lo bello.

Una pedagogía relacional, sistémica y constructiva: más allá de los límites

Su pedagogía es relacional y sistémica, por ser capaz de ver las relaciones antes que los términos relacionados. Es un sistema capaz de empatizar, democráticamente, con el mundo para poder regenerarse constantemente sin perder su identidad. Un sistema que difumina sus límites traspasando la frontera ficti-

cia de lo interior y lo exterior, lo de dentro y lo de fuera.

Su pedagogía es constructiva por su creencia de que es el sujeto el que —con los demás y en democracia— crea laicamente su propia cultura, su propia epistemología, su forma de ver el mundo con la convicción de que sólo es una visión parcial que debe esperar otras vistas posibles.

Malaguzzi era un gran descubridor de esencialidades, podía —como el gran creador— enfocar y desenfocar constantemente la realidad para obtener nuevas visiones de los acontecimientos, casi hasta el límite, pero siempre —política, ética y estéticamente— sabía el rumbo adecuado del barco. Muchas de sus palabras o propuestas podían desorientar, pero él sabía en todo momento donde estaba el norte de su brújula. Su interés era no reducir las interpretaciones a un único significado. Ésta era su fantasía ética. Sus palabras y sus gestos se transformaban, mágicamente, en narraciones que hechizaban a los oyentes, a los que hacía dudar de cualquier verdad. Llama la atención la forma en la que Malaguzzi habla de los niños. Sus palabras, o mejor sus imágenes, tratan de escapar a los cánones tópicos o adocenados de la pedagogía. En la ambigüedad de la poesía o de las metáforas encuentra la manera de poder expresar sus ideas sobre los niños. En ese refugio se siente más libre y ve fluir las potencialidades de los niños lejos de los corsés manidos de la palabrería pedagógica.

Sus exégesis siempre seducían por el riesgo sobreinterpretativo, pero dotaban de tal cualidad y, sobre todo, de tal consciencia a las actuaciones del niño, que las extraía del precipicio de la absurda banalidad que elimina el asombro. Y es que Loris veía donde los de-

más ya estaban ciegos, pero siempre con un límite hermenéutico: el de la propia comprobación práctica, una y otra vez, de sus hipótesis que primaba confrontar de nuevo con los niños y con sus colaboradores. Es el valor de la reciprocidad, de la intersubjetividad y del intercambio generativo que tanto puso en acción, también, con las múltiples delegaciones internacionales que han valorado y han sido y son jueces privilegiados de una experiencia que rebosa rigor, credibilidad y confianza. Esto lo supo Malaguzzi antes que nadie.

Y para empezar...

Debemos pensar siempre —comenta Loris— en que los niños tienen necesidad de encontrar un sentido a lo que hacen. Este sentido está unido al sentido que los adultos dan a su profesión. Cuando el niño encuentra, por sí mismo, un significado siente una alegría que es, dice Malaguzzi, como «cuando sentimos un escalofrío al escuchar una pieza de música. Es como quien desafía a la muerte para realizar un deseo». Nos debemos convencer de que las criaturas son productoras de significados. Significados que buscan y encuentran al investigar. Por esta razón, debemos explorar y experimentar constantemente: para entender cómo entienden los niños y niñas y conocer cómo aprenden. De esta manera, como dice Morin, llegamos a la comprensión humana, «a partir de la cual se puede luchar contra el odio y la exclusión».

Por lo tanto, para Loris, se trata de que podamos incluir nuestros sentimientos y nuestros pensamientos en un marco de significado. Este marco son nuestros propios valores. Éstos son buscados, continuamente, por niños y adultos porque

son las creencias profundas que todo hombre o mujer busca, que el niño o la niña anhelan para no morir. E indagan en ellos para dar sentido, como decíamos, a la propia existencia.

Pero es una búsqueda compleja porque, hoy, existen valores contradictorios que, tanto las criaturas como las personas adultas, deben aprender a jerarquizar y elegir de sus diversas experiencias de vida. Es una operación delicada que presupone saber relacionar acontecimientos para seleccionar los que, de verdad, sirven para dar sentido a la propia existencia y a la propia actuación en los diversos ámbitos vitales.

Esta emoción es la que provoca una pasión por crecer, por aprender, por educar. Es la emoción la que elimina la indiferencia que Malaguzzi trata de alejar como un tumor maligno de las escuelas y de sí mismo.

Este sentimiento es el que hace creer, con esperanza, en el futuro de las nuevas generaciones. Para ello, necesitamos una imagen fuerte de infancia, de hombre y de mujer, capaces de utilizar creativamente sus potencialidades en sintonía con la naturaleza, pero sin prepotencias. Tenemos necesidad de usar mejor los recursos que la propia naturaleza nos da.

En esta esperanza cuentan mucho los niños que pueden reinventar los conocimientos con su cultura «dando forma a las cosas antes que las cosas den forma a los niños». Estos nos pueden descubrir un nuevo punto de vista sobre el propio mundo.

Ésta es la famosa idea de Malaguzzi de una nostalgia del futuro. Una especie de melancolía dinámica y futura que ríe —como dice Manuel Rivas— por lo que hubiera podido ser, pero no es, aunque puede llegar a serlo.

Se trata, como afirma Loris parafraseando a Edgar Morin, de la emergencia de una nueva sociedad que rezuma incertidumbre. Esta incertidumbre llama a la esperanza puesto que «no es la esperanza la que hace vivir, es el vivir el que crea la esperanza que permite vivir».

Esperanza y optimismo son para Loris una pareja indisociable. La escuela como ámbito estético habitable significa recuperar la institución educativa como un lugar optimista y divertido. Optimismo, como provocación irritante, que tiene que ver con saber, con creer en las riquezas infinitas del niño y del adulto y de la educación para proyectar el futuro con esperanza anticipando problemas y líneas maestras de actuación. Esperar significa actuar sin prisas, con respeto. Loris escribe en este sentido y con mucho acierto: «Respetar los tiempos de la maduración, del desarrollo, de los instrumentos del hacer y del entender, de la plena, lenta extravagante, lúcida y cambiante aparición de las capacidades infantiles, es una medida de sabiduría dialógica y cultural». Y con el mismo tino, pronuncia (en una de sus últimas intervenciones públicas) las siguientes palabras que —tal vez— resumen el sentido futuro de su pedagogía:

Sin el futuro no se puede alimentar ninguna esperanza y el niño lo sabe. Los niños, como nosotros, necesitan vivir junto a un trayecto físico, de algún modo material e inmaterial, a lo largo del que puedan creer que mañana podrán correr, pero este trayecto que va hacia el futuro reclama la autenticidad y la concienciación efectiva de un futuro disponible para todos.

Tenemos que darnos cuenta de que hoy es muy difícil ver y pensar el futuro; pero si tanto a nosotros mismos como a los niños les privamos del fu-

turo, les dejamos sin una esperanza de rescate, una esperanza de hacer mejor, de lograr mejor y de ser más felices que hoy, y si continuamos llevando a cabo esta proyección de la vida, de algún modo estaremos mutilando algo que es del niño y del adulto. Habrá que ver cómo y si es posible alimentar, también en situaciones difíciles, el hecho de que el niño conserve un hilo de esperanza.

Hay un paso extraordinario en la Gramática de Wittgenstein cuando escribe que conocía a una niña muy pequeña con la que hablaba mucho (y a la que, por lo tanto, conocía perfectamente), hasta que un día la niña se le acercó y le dijo: «Sabes que, espero que...». Era la primera vez que usaba la palabra «espero»... «esperanza», y el escritor escribe que eso lo perturbaría durante toda la vida. ¿Dónde está el sentido profundo de una niña que por primera vez me dice «Espero que»? ¿Cuándo entra

la esperanza como una luz dentro de la vida del niño y por qué? Si vemos el futuro como una medida, como una línea, como un espacio y como un tiempo, entonces advertiremos por fin que tenemos una urgente y una enorme necesidad de todas estas cosas.

Loris Malaguzzi, noviembre 1993

Dirección de contacto:

hoyuelos@ahoyuelos.jazztel.es

Referencias

HOYUELOS, A. (2006). *La estética en el pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi*. Octaedro-Rosa Sensat, Barcelona.